

La Sagrada Familia: Jesús, María y José (Ciclo B)

Delegación Pastoral Familiar

PARA TU REFLEXIÓN

“El Niño iba creciendo y robusteciéndose y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba” (Lc 2, 40)

Preparados durante el Adviento para acoger al Señor, que viene en nuestra ayuda, nos adentramos con los sencillos pastores de Belén para contemplar y agradecer la señal que se nos ha dado: un Niño acogido por el amor de sus padres como don de Dios; contemplamos la Sagrada Familia y a la luz de esta contemplación podremos entender la fuerza de las lecturas que hoy proclama la Iglesia. Valores como fidelidad, obediencia, autoridad, virginidad, respeto a la vida entran con dificultad, si es que entran, en el oído del hombre moderno. Y ahí está el cristiano en riesgo de ocultar tesoros que vienen de Dios para el bien del hombre y ocultar lo que es fundamental en la comunión matrimonial: la autoridad y la misericordia, las dos manos necesarias para educar a los hijos. Lo mismo que Dios se ha revelado en la Ley y en el amor absolutamente unidos, así en la familia es necesaria la autoridad del padre que libera a los hijos de la debilidad y el pasotismo y el amor de la madre que no deja al hijo sin la fuerza para madurar. Padre- autoridad y madre – amor al servicio de los hijos en matrimonio de comunión y no en divorcio, lucha, rivalidad o competencia.

No autoritarismo que exaspere a los hijos y anule sus ánimos; no afecto enfermizo y posesivo que no tolera el crecimiento del hijo por ella engendrado. Malo para el hijo crecer sin autoridad o sin amor, como malo para el creyente crecer sin ley o sin misericordia. La unidad se da en la familia que teme al Señor agradeciendo el don de los hijos que son de Dios antes que de ellos mismos. Habrá quien, desde no se sabe qué autoridad o magisterio se divertirá despreciando el matrimonio como síntesis de todas las esclavitudes: esclavos los hijos, esclava la mujer, esclavo el marido.

Lo bueno, lo grato y lo libre sería cambiar una, dos, tres veces. Al fondo está el tremendo dilema que decide el destino de la familia: Dios Salvador o dinero y afectos esclavizantes.

Por encima de tradiciones o modernidades hay que proclamar, para el bien del hombre, a Dios como absoluto y único: para el padre, para la madre y para el hijo. Solo así se crece en libertad, sabiduría y gracia.

**Fuente: Con Vosotros, Diócesis de Ciudad Real. España**

